las ruinas hechas por su violenta mano, elevarse algun otro representante del pensamiento eterno, inmutable, divino, del pensamiento de órden, de autoridad y de salvacion!

Para no hablar mas que de la Italia, cuya tutela se han abrogado algunos de estos hijos perdidos ¿á qué estrechez de cerebro, á qué lúgubre y qué ridícula manía se debe imputar sus aspiraciones impacientes hácia la unidad? ¿Bastaria acaso, una fórmula brutalmente inscrita en una bandera vencedora para realizar esta unidad? Sí, sin duda la Italia tiene derecho á las simpatías de los corazones nobles; antigua patria de la inteligencia, fue un dia la madre y el aya de las sociedades modernas. Pero si las naciones decaidas pueden volver á hallar sus grandezas pasadas, dejadla al menos volver á aprender todo lo que ha olvidado y encontrar en sus laboriosas pruebas de la vida pública, su perdida energía. No olvideis cuántos siglos ha que dividida, invadida, perdió sus derechos á la herencia de sus grandezas históricas.

¿Borrareis con una sola palabra el desmembramiento infinito de las clases, de los partidos, de los reinos, de las provincias, de las ciudades mismas? Napoleon I ¿decís, queria la unidad de Italia? Sí, pero era preparando la unidad por medio de la autoridad. ¿Pedís que se os deje obrar aun por una vez? ¿que se asista, el arma al brazo, á la disolucion violenta de todo lo que existe? La Italia *obrará por sí misma*, repetís. Lo que ella hará ya lo sabemos, ya lo hemos visto. Algunos meses de anarquía, la Europa conmovida en sus cimientos, una derrota segura, y la libertad velada de nuevo hasta mejores tiempos: hé aquí lo que hemos visto y lo que veríamos aun.

Antes de matar y de morir por esta patria que no existe, dejadla renacer. Pero, sobre todo, antes de regenerarla, comenzad por regeneraros vosotros mismos. Aprended desde luego, vosotros, que os haceis los maestros de los pueblos: y si no fuera posible asegurar la unidad de Italia sino á costa de la conflagracion universal, del desórden tronando sobre el mundo, del asesinato erigido en doctrina, ¡no, mil veces no, la unidad de Italia no vale este precio!

Pero no estaba todo concluido con el proceso de París. Dos cómplices, por lo menos, se habian escapado á la justicia francesa. El uno, Bernard, era un francés refugiado en Inglaterra; el otro, Allsop, era un súbdito inglés. ¿No debia alcanzarles la justicia? Al mismo tiempo que se hacia esta pregunta, la opinion pública se pronunciaba en Francia con energía. La sociedad se veia otra vez salvada; pero una secreta amargura, una legítima inquietud, se mezclaban á las espresiones de alegría que afluian hácia el trono de todos los puntos del Imperio, y de toda clase de ciudadanos. Decíase que del otro lado del Canal de la Mancha, á algunas leguas de nuestras fronteras, prestaba una nacion amiga á todas estas maquinaciones homicidas un inviolable asilo; que allí se armaban y se concertaban los asesinos. Recordábase con indignacion que Inglaterra habia sido, desde el establecimiento del Imperio la cita y el punto de partida de todos los complots dirigidos contra Francia y contra su jefe.

Ya hemos mostrado en una rápida reseña el regicidio instalado en Londres y en Jersey, erigiendo allí escuelas de revoluciones y de homicidios; pero si los asesinos cogidos *in fraganti* habian sido vomitados por Inglaterra; si el comité revolucionario Europeo de Londres habia espedido sobre París los conspiradores del Hipódromo y de la Opera cómica, los Kelsch, los Gallis, los Rossis, el asesino de 1855, el italiano Painori; los asesinos de 1857, Tibaldi, Bortolotti, Grilli; los asesinos de 1858, los Italianos Orsini, Pieri, Rudio y Gomez; ¡cuántos otros emisarios no habia la Inglaterra ocultado en su seno!

De Inglaterra fué á Francia en 1853 Boichot, cuyos planes criminales desbarató la policía; Inglaterra vomitó tambien en Francia á Magen, el agente de M. Ledru-Rollin, el inventor de las bombas fulminantes, y sus cómplices Sanders y Brunet; en Inglaterra estudió con Magen, el asesino Carpeza, capturado en 1855; de Inglaterra recibieron sus instrucciones los constructores de la máquina fulminante del camino de hierro del Norte, Deron, Luis (de Lille) Vandome, los hermanos belgas Jacquin, Hennins y Desquiens; en Inglaterra era donde se habian refugiado y desafiaban á la justicia: en Inglaterra, en fin, en sus clubs, en sus meetings, en sus cafés, era donde se elaboraban los odiosos libelos, se pronunciaban los infames discursos, cuyos repugnantes modelos hemos citado. «La Inglaterra, decian los mismos partidarios del regicidio, es la culpable, la encubridora, que nos abriga, que nos imprime.»

Habia en esto algo que aja de un modo estraño, el sentido moral de la Francia. Nada es sin duda mas respetable que el derecho de asilo, y la misma Francia ha tenido á honor siempre abrir sus fronteras á los vencidos de todos los partidos. Pero ¡emboscarse detrás del derecho de asilo, trasformar el santuario en madriguera, esto es lo que la moral universal no puede admitir!

¿Seria posible creer que naciones amigas estuvieran desarmadas contra semejantes escesos? ¿que tranquilizadas respecto de sí mismas dejaran preparar á la sombra de sus leyes la invasion armada, el asesinato? Ya se habia presentado esta cuestion mas de una vez. Bajo el Consulado fue perseguido un libelista en Londres por ataques odiosos dirigidos contra el Emperador de Rusia; algun tiempo despues, un francés llamado Juan Peltier publicó atroces libelos contra Bonaparte; el attorney general evocó el asunto, y encontró en el caos de la legislacion inglesa armas suficientes contra el culpable.

Y aun cuando no las hubiera, ¿no reclamaba imperiosamente la solidaridad moral de las naciones una estension de la legislacion impotente? «Sépase, decia ya Grocio en el siglo XVII, que los reyes, y en general todos los soberanos, tienen el derecho de castigar, no solamente las injurias que se les hacen á ellos ó á sus súbditos, sino tambien las que no les conciernen en particular, cuando encierran *una vio-*

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación